



DOS ASPECTOS DE BARROS ARANA

I. Barros Arana erudito y bibliógrafo.—II. Barros Arana y la Biblioteca Nacional

I

A sus grandes merecimientos como historiador, como maestro e institutor de la juventud chilena y como hombre público de acentuadísima doctrina, Barros Arana añadirá siempre la gloria de haber sido entre nosotros uno de los fundadores y propulsores más entusiastas de los estudios bibliográficos en Chile. El género,—que otro insigne y venerable historiador, don José Toribio Medina,—discípulo suyo, había de elevar a su más alta categoría científica, hasta el punto de constituir a nuestro país como sede, por decirlo así, de la bibliografía ame-

ricana, tuvo sus primeros cultivadores sistemáticos en don Ramón Briseño, autor de un ensayo general de bibliografía chilena, y en don Benjamín Vicuña Mackenna, que dedicó a estas labores no pocas páginas de su fecunda pluma.

Debía ser, sin embargo, el autor de la *Historia General de Chile* quien iba a trazar a estos estudios sus normas precisas, su estricto sentido científico y sus verdaderos fundamentos críticos. La vasta cultura humanística de Barros Arana, tan parecida a la de Bello en su amplitud de conocimientos y orientación filosófica, aunque sin el espíritu creador del maestro caraqueño, su profundo y admirable sentido crítico y su luminosa memoria, capacitaban, a Barros Arana, mejor que a ningún otro, para orientar los estudios bibliográficos como instrumento depurador y crítico, de la historia, la geografía y literatura americanas.

Los trabajos de erudición a que consagró su fecunda vida, las disquisiciones que escribió sobre los puntos oscuros y dudosos de la historia americana, revelan una vocación decidida, una pasión ardiente por esta clase de especulaciones literarias. Su espíritu objetivo, la certeza de su criterio y la sagacidad de su inteligencia, le llevaron con fuerza irresistible a ahondar en las áridas cuestiones del americanismo. Debían ser él primero, y después Medina, los más altos maestros de los estudios bibliográficos.

Para nosotros los bibliotecarios este aspecto de Barros Arana nos es muy interesante. Y lo es por dos razones: porque en su juventud inició sus tareas en esta misma Casa, allá por los años de 1846

y 1847. Entonces la Biblioteca Nacional, muy modesta en sus servicios y pobrísima en su fondo de libros—no pasaban de diez a veinte mil volúmenes—no podía satisfacer medianamente las exigencias de quien quisiera conocer ordenadamente la historia de América ni proporcionar al investigador un caudal de libros y documentos capaces de orientarlo en las vicisitudes de su evolución. Barros Arana, empero, sacó de los pocos libros que encontró en ella sus primeras notas y aquí inició también sus lecturas históricas. El mismo lo ha recordado diciendo que esas primeras lecturas fueron el *Compendio* del abate Molina, las *Memorias* del General Miller, la *Historia de la Revolución Americana* de Torrente y los tomos de la *Historia Física y Política de Chile* de don Claudio Gay, que comenzaban por entonces a llegar a Santiago.

También nos interesa este aspecto de bibliógrafo de Barros Arana, por lo que su esfuerzo de erudito representa, como fecunda enseñanza para los que somos custodios, guardianes y difundidores del libro.

Llevado por su espíritu curioso y por su afán de llegar a conocer hasta en sus menores detalles el pasado de nuestro continente, acometió desde temprano la tarea de someter a una rigurosa crítica el valor de los libros que decían relación con este punto.

Pero esos libros eran bien escasos. La Biblioteca Nacional carecía de obras tan fundamentales para un americanista como ser la *Historia General de los Hechos de los Castellanos* de Herrera o bien como ese otro libro clásico de Alcedo el *Diccio-*

nario Geográfico de América. Sólo vino a obtenerlos cuando ingresó a esta Casa la magnífica biblioteca de don Mariano Egaña formada durante su estancia en Londres y según las indicaciones del ponderado criterio de Bello.

El futuro historiador de Chile encontró en esa librería algo de lo que buscaba: manuscritos, como la *Historia de Chile* de Pérez García; ediciones de *La Araucana* y las obras de Jorge y Juan Antonio Ulloa.

En otras bibliotecas particulares, que los azares de la fortuna pusieron en subasta pública, como la de don José Domingo Amunátegui, don José Miguel de la Barrá, y don Manuel Carvallo, obtuvo los primeros volúmenes de su librería, de esta biblioteca que hoy inauguramos y cuyos tesoros, acumulados a costa de infinitos sacrificios, fué su obra paciente de bibliófilo y bibliógrafo en el curso de más de medio siglo.

En los anaqueles de don Andrés Bello, encontró Barros Arana los libros modernos de la historiografía americana: la *Colección de viajes de los españoles durante el siglo XV y XVI* de Navarrete, las obras de Humboldt y los encantadores libros de Prescott y de Irving.

Barros Arana sabía leer como leen los sabios: con el lápiz en la mano comparando los textos. Sabía, como decían los romanos, comenzar por el principio. La historia de América y de Chile la bebió en sus cronistas primitivos depurados por él mismo; el desarrollo de su geografía, en los libros y cartas más antiguos; la evolución de su historia literaria, en sus textos más arcaicos. Y a medida que profundi-

zaba en estos estudios llenaba las páginas de las revistas nacionales con una serie de monografías biográficas, críticas y bibliográficas en las cuales se esclarecían conceptos, deshacían tradiciones, se expurgaban textos y documentos y, por último, se señalaban nuevas orientaciones a los americanistas.

Una parte considerable de esta tarea, se encuentra reunida en ocho de los diez y seis volúmenes de sus *Obras completas*. La variedad de materias que ha tratado, la seriedad de la investigación que demuestran esas páginas, la honradez con que ha expresado sus opiniones, colocan a Barros Arana entre los primeros eruditos americanos del siglo XIX: su nombre puede figurar junto al de Mitre, junto al de HARRISSE, GARCÍA ICAZBALCETA, CARO, PAZ SOLDAN y MEDINA.

Queda inédita y guardada en los libros de esta su biblioteca una parte considerable de su labor bibliográfica: me refiero a las apostillas que puso en casi todos sus libros. Cuando se dedicó a escribir las *Notas bibliográficas sobre algunas obras anónimas y pseudónimas sobre América*, dióse el trabajo de anotar, uno por uno, sus libros. Las referencias que ha colocado en ellos de su puño y letra, las observaciones con que los ha llenado, las indicaciones críticas que allí se encuentran para regalo y solaz de los eruditos, constituyen, por sí solos, elementos fundamentales de juicio que aprovecharán los estudiosos. Revelan una fuerte erudición, un íntimo conocimiento de cuanto punto de la historia del continente es dable imaginar.

Circunstancias de carácter político le hicieron

abandonar el país en 1859. Si bien es cierto que desterrábase voluntariamente por no participar de la política del Presidente Montt, esta ausencia de su patria no iba a significar la interrupción de sus preocupaciones literarias. Su vocación por los estudios históricos estaba ya demasiado arraigada y formaba parte principal de las tendencias de su poderoso espíritu para que este viaje no le abriera un amplio campo a sus gustos y afanes. Constituye su destierro la peregrinación de un bibliógrafo, y recuerda aquellos viajes de estudios que, con igual designio, acometiera después, con tan maravillosos éxitos, don José Toribio Medina.

Visita la Argentina, el Uruguay y el Brasil. En todas partes su preocupación constante la constituye la adquisición de libros y papeles. Unido con el General Mitre por lazos de antigua amistad, charlan menudamente de bibliografía y se canjean sus tesoros. Pasa a Londres, y en el Museo Británico acopia curiosos documentos sobre viajes y estudios geográficos. Conversa con el General O'Brien que le da noticias sobre las campañas de nuestra independencia. Sin embargo, el objetivo principal de sus andanzas es España. Se instala en Sevilla y durante cuatro meses concurre a diario al Archivo de Indias, donde toma notas, extracta expedientes y revisa con prolijidad los papeles que puedan servirle para conocer nuestro pasado. Recorre también con igual solicitud el Archivo de Simancas, la Biblioteca Nacional de Madrid, la Oficina Hidrográfica y el Archivo de la Real Academia de la Historia. A su paso por París, la hija del General San Martín le obsequia una par-

te de la correspondencia que fué del General San Martín, de interés decisivo para la historia de nuestra emancipación; algunos años antes, don Demetrio O'Higgins, hijo del fundador de nuestra patria, puso en sus manos un número apreciable de documentos del héroe.

Barros Arana ha dejado en su *Historia General de Chile*, acopiado el fruto de todas sus investigaciones. Ese libro, modelo en su género, por su disposición, método, doctrina y esclarecimiento de los hechos, revela la potencia de su espíritu, la energía de su entendimiento y la grandeza de su alma para acometer una empresa que no tiene precedentes en la vida intelectual de América. En los apretados 16 volúmenes de ella ha quedado representada su extraordinaria versación y su inclinación a la verdad, que es la mejor forma de la sabiduría.

II

Barros Arana, maestro, escritor, hombre representativo del pensamiento nacional, fué, además de sus múltiples actividades en el desenvolvimiento espiritual del país, constante protector de la Biblioteca Nacional.

Este título, que lo hace acreedor al recuerdo del cuerpo de bibliotecarios, lo ha conservado esta Casa; y, al efecto, en el hall de honor de ella se ha perpetuado su efigie en un busto junto a los de Vicuña Mackenna, Amunátegui y Lastarria, que fueron otros tantos colaboradores del engrandecimiento de la Biblioteca.

Barros Arana como miembro de la Facultad de

Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile primero, y más tarde como Decano de esa corporación, precisamente, cuando la tuición de la Biblioteca correspondía a la Universidad, desplegó en su favor una acción tan fecunda como provechosa en el sentido de mejorar sus servicios y en la de dotarla de un contingente de obras valiosas modernas, desconocidas para la mayoría de las gentes ilustradas de la época.

Es cierto que sentíase atraído hacia la Biblioteca por motivos de gratitud y de recuerdos juveniles que se unían a sus primeros días de estudioso incansable. Pero esas razones sentimentales—si así se quiere llamarlas—no le impedían comprender, como hombre de vastísima cultura, todo el valor de la obra social que estaba llamada a desarrollar esta Casa como animadora silenciosa del placer de la lectura, vale decir, como foco activo de progreso intelectual, y como impulsadora de un pensamiento nuevo en nuestra incipiente democracia.

Fué constante preocupación suya incrementar las colecciones de la Biblioteca seleccionando sus libros, indicando cuáles debían solicitarse en Europa y en América, sin que en estas funciones la pasión dominante de su vida—el cultivo de la historia—cegase su criterio.

Tipo de humanista a semejanza del de Bello, daba tanta importancia al estudio de las ciencias como al de la filosofía; al conocimiento de los clásicos griegos y latinos como al de los autores del período romántico, y en estas tareas de selección, no olvidaba la parte práctica, utilitaria, que corresponde a un pueblo joven que necesita en-

caminar sus actividades en el cultivo de las artes y de los oficios.

Su participación en estas gestiones no ha sido estudiada todavía. Ella revelará, para quién desee conocer la formación intelectual de Barros Arana y las orientaciones de su espíritu, un punto nuevo que la crítica aún no ha considerado y que arrojará abundante luz para interpretar la forma cómo las ideas de la cultura europea nutrieron su entendimiento e influenciaron sus obras. Bastará para llevar a cabo este ensayo de psicología literaria con revisar las listas de los libros que él aconsejó se adquiriesen para esta Biblioteca y compararlos con aquéllos que constituyeron su rica librería. Un procedimiento de análisis semejante puede llevar a inesperadas conclusiones para determinar con regular exactitud las inclinaciones, las tendencias y el credo filosófico de un autor.

La Biblioteca debe a Barros Arana otros servicios eminentes. A él se debió el Decreto Supremo que ordenaba perentoriamente que los representantes del país en el extranjero, fueran éstos ministros o agentes consulares informasen periódicamente al Conservador de la Biblioteca—así se llamaba entonces el Director—sobre el movimiento literario y científico de los países en que estaban acreditados. El alcance de ese decreto, que dió los mejores resultados para el enriquecimiento de esta Casa y que el transcurso de los años ha puesto en desuso, iba más lejos aún, porque establecía, como función principalísima de los representantes de Chile en el exterior, la obligación de adquirir para la Biblioteca Nacional los libros antiguos

raros y curiosos, como también los modernos de interés general o especial y los manuscritos y códices relativos a la historia y geografía americana.

Merced a este decreto, concebido por Barros Arana y hecho realidad por él mismo con su influencia en los círculos de gobierno, las dotaciones de la Biblioteca crecieron considerablemente y fué posible modernizar sus fondos de libros, que en materias científicas eran pobrísimos. Y así llegó un momento en que los representantes del país en Europa y en América, casi todos hombres de letras, realizaron la más fructífera labor en la tarea de acopiar volúmenes para este instituto. Entre ellos hay algunos nombres que no es posible olvidar: Blest Gana en París y Londres; Morla Vicuña y Medina en Madrid y Sevilla; Lastarria en Buenos Aires y Río Janeiro; Astaburuaga en Lima; Soffia en Bogotá y Caracas; Sotomayor Valdés en Sucre y La Paz; Larraín Moxó en Méjico y Guatemala, y, por último, Carvallo en Washington y Nueva York. El mismo Barros Arana participó en estos afanes durante el desempeño de algunas misiones diplomáticas.

Las funciones docentes y académicas en la Universidad permitieron a Barros Arana cooperar tan eficientemente al desenvolvimiento de la Biblioteca; y así, cuando se revisan las actas de sesiones de la Facultad a que perteneció, puede observarse que, aparte de sus preocupaciones pedagógicas y literarias, la de esta Casa siempre fué constante. Persuadido de la conveniencia que había en inventariar la producción intelectual de Chile, en una

de las sesiones de la Facultad propuso se encargara al Conservador de la Biblioteca don Ramón Briseño, la confección de una obra de esta naturaleza. Fruto de esa iniciativa fué la publicación de la *Estadística Bibliográfica de la Literatura Chilena*.

Más tarde, cuando inquietudes de carácter político le llevaron a ocupar por dos o tres veces un asiento en la Cámara de Diputados, no pierde de vista la atención de la Biblioteca. Suya fué la indicación formulada en la Cámara que concedía fondos a este establecimiento para la publicación de sus catálogos; suya también, la que ampliaba el exiguo presupuesto de adquisición de obras. Sus extensas relaciones sociales y el prestigio de su nombre, hicieron posible estas iniciativas mediante su personal influjo con los Presidentes Pérez, Errázuriz y Pinto.

Durante muchos años Barros Arana formó parte de la Junta de Vigilancia de la Biblioteca Nacional. Este organismo, de carácter puramente consultivo, compuesto por hombres aficionados a los libros y a las curiosidades bibliográficas entre los cuales había algunos de verdadera ilustración, tenía por objeto ayudar al Conservador en sus labores de selección de obras y estudiar las innovaciones que exigiera el servicio, que por aquellos años comenzaba a complicarse por haberse extendido el hábito de la lectura en las clases populares y servir la Biblioteca en mayor eficiencia los anhelos de la juventud estudiosa.

Cuando la Biblioteca, debido a su crecimiento y a la división más moderna de sus servicios, abandonó su primitivo local de la Iglesia de la Compa-

ña para trasladarse al que se le destinó en el antiguo Palacio del Consulado, se planteó una cuestión de fondo en el seno de la Junta de Vigilancia en la que Barros Arana tomó una parte activa. Esta cuestión se relacionaba con la organización definitiva de la nueva Biblioteca, como entonces se la llamaba. El Conservador de ella, don Ramón Briseño, espíritu eminentemente aferrado a sus tradiciones; y reacio para aceptar cualquiera clase de innovaciones, pero que le había servido con verdadero desinterés y abnegación, expresó su desacuerdo con las ideas que sostenían Barros Arana y don Luis Montt.

Briseño, que por esos días se encontraba próximo a jubilar, pretendía que la Biblioteca conservase la organización que él le había dado en el trascurso de una dirección de cerca de 20 años, y hasta llegó; para justificar sus opiniones, a publicar un folleto curiosísimo por sus noticias y recuerdos, como también por su extrema rareza. Se intitula *Proyecto de Reglamento de la Biblioteca Nacional de Chile para cuando haya sido trasladada al local que está preparándose actualmente*, publicación que, aunque apareció anónima, revela en una de sus notas a su verdadero autor. En ella en forma comedida, discreta y respetuosa, Briseño insiste en sus puntos de vista bajo la forma de un posible reglamento. Pero Barros Arana y Montt, con una concepción muchísimo más amplia y más moderna de lo que debía ser un servicio como éste, mantuvieron también con firmeza y resolución lo que ellos creían de interés nacional. Y, en efecto, en una nota dirigida al Ministro de

Instrucción Pública expresaron su pensamiento con gran acopio de razones que destruían las dadas por Briseño.

Para éste, la cuestión fundamental estribaba en la traslación de los volúmenes a fin de mantener en toda su integridad las antiguas divisiones de la Biblioteca: el departamento Egaña, el de teología, el de fondo antiguo y el de impresos chilenos y de canje. Para Barros Arana y Montt esta misma circunstancia del traslado proporcionaba la única oportunidad de agrupar los libros en una forma lógica: hacían desaparecer el departamento de teología para hacerlo ingresar a la sección—así la denominaban ahora—de fondo general; suprimían el departamento de la biblioteca Egaña para formar con los libros americanos que contenía, la sección de este nombre y constituían la sección chilena independiente de la de canje. En el informe proponían al Ministro de Instrucción Pública, además, la creación de un departamento de Lectura a Domicilio y de un Museo Bibliográfico, que muchos años más tarde, siendo Director don Luis Montt, pudo establecerse conjuntamente con la Sección de Manuscritos y de Estampas.

En los últimos años de su vida, Barros Arana asistía casi a diario a la Biblioteca. Estaba por entonces escribiendo su libro intitulado *Un decenio de la Historia de Chile*, continuación, si así puede llamarse, de su monumental *Historia General de Chile*. En la segunda de estas obras, Barros Arana se había propuesto relatar los hechos ocurridos en el país hasta la promulgación de la Constitución de 1833; y como el período de gobier-

no del General Prieto (1830-1841) había sido estudiado prolijamente por don Ramón Sotomayor Valdés, era ahora su intención continuar esa historia durante la administración del General Bulnes (1841-1851).

La necesidad de una minuciosa investigación de los documentos e impresos de aquellos días, de los periódicos y hojas sueltas, atraía a diario a Barros Arana a la secretaría de la antigua Biblioteca. En la bulliciosa sala de esa oficina, donde reuníanse de continuo Sotomayor Valdés, Enrique Matta Vial, Gregorio Víctor Amunátegui, Augusto Orrego Luco, José Toribio Medina, Domingo Amunátegui Solar, Ricardo Montaner Bello y Alejandro Fuenzalida Grandón a tragar infolios y a releer papeles y códices, la esquelética figura de Barros Arana sobresalía entre todos ellos. Charlaba lenta y pausadamente. Discurría sobre puntos eruditos como si fuese un libro abierto: citas, referencias, fechas y datos brotaban de sus labios con naturalidad, sin afectación. La memoria prodigiosa de que estaba dotado y la variedad inmensa de sus lecturas, le permitían enhebrar las más *saudosas* disertaciones. En ella no escapaban las añoranzas personales, la anécdota y el incisivo comentario de los hombres ilustres que él había conocido.

Si el recuerdo de Barros Arana se ha mantenido siempre encendido en esta Casa por el valor de los servicios que a ella le prestó y por la naturaleza de su obra literaria, que la hace imprescindible en las labores de nuestro oficio, él se ha acrecentado con la adquisición de los tesoros de su biblioteca instalados en una sala especial desde donde irradia su sapiencia.